

lugar en su vida ocupa el sexo, y algo difuso si a la política se refiere.

Aunque también podemos considerar que Leonardo es víctima de la doble moral al uso. En definitiva "la mentira es el pan nuestro de cada día", dice Cándido.

Pero hagamos una aclaración. Cándido esgrime esta frase tratando de situarse él mismo como víctima, aunque el aserto no le salve y Rosa tenga sus razones cuando le endilgue "no busques excusas, la culpa es tuya", convencida de conocer a cabalidad hasta los más mínimos detalles de la historia. Pero no es así. Quien sí conoce cuanto hay de cognoscible es el público. No me refiero a que conozca hasta el recurso folletinesco del dato escondido que se resolverá cuando hable este don Rafael del Junco llamado Cándido Gamboa para decir "esa muchacha es mi hija", sino a que el público sabe de estos personajes y de la situación en que se encuentran mejor que ellos mismos, y por eso comprende que la culpa no queda en la mera persona de Cándido, en definitiva "la esclavitud nos envilece a todos", como reza una divisa cara de la intelectualidad de la época, y en consecuencia Cándido ordenará a Tondá la encarcelación de Cecilia. Y Tondá obedece y reprime. Para eso está ahí.

Buena parte de la lectura política de **Cecilia Valdés-Parece blanca** pasa por la denuncia de los incestos cumplidos y de los incestos a medias, porque son visibles la voluntad sofrenada de Cándido con relación a Cecilia y la inmoderada de Rosa con relación a Leonardo. Como equívoco y juego de apariencias se dan la mano en la visión moral decadente de la Cuba de Vives, frases como "se desvela por ti como un padre" de Chepilla y "no tiene mi sangre" de Cecilia son de una ironía trágica perfecta. En términos de trama, Cecilia ve a Cándido como un viejo verde, aunque las palabras citadas contengan la revelación de la verdad. En términos socio-políticos, este par de frases nos conducen hasta una ideología que se revela en réplicas del tipo "mi hijo tiene veinte años y es libre".

Ahora bien, si por una parte entrar en el ámbito del gobierno de Vives y de la brutalidad de Tondá resulta imprescindible para entender las sucesi-

vas derrotas de Cándido y su llanto (no olvidemos que la versión trata de las pasiones y las almas), por otra, la lectura política nos conduce a la reflexión en torno al arte y a la naturaleza de la ficción. En definitiva la patria de estos personajes es la novela de Cirilo Villaverde, el escenario donde se manifiestan, las pasiones que desbordan, y su propia existencia.

NOVELAR LA NOVELA, TEATRALIZAR EL TEATRO, VIVIR LA MUERTE

Cándido sale de su piel y dice con desprecio "la gran epopeya nacional", burla que compromete la historia de la sensibilidad de la isla, cuya figura egregia por excelencia es una mulata fatal. Pero antes aún, casi en el mismo comienzo, Rosa ordena abrir el libro para buscar una explicación para tanta pena, al menos eso dice, y reclama una nueva interpretación que quizás termine erigiendo un monumento a su hijo, aunque no lo diga. Porque a su modo de ver, la novela debiera llamarse **Leonardo Gamboa**, qué mal gusto haberle puesto el nombre de una parda que pretende pasar por blanca.

Estorino ha desarrollado con asombrosa coherencia estos tanteos que de por sí son tan escurridizos, al punto que los personajes mismos pasan a ser hacedores del espectáculo, directores de escena. Pero la mayor eficacia es haber resuelto las complejidades técnicas de tratamiento semejante desnudando las motivaciones de los caracteres.

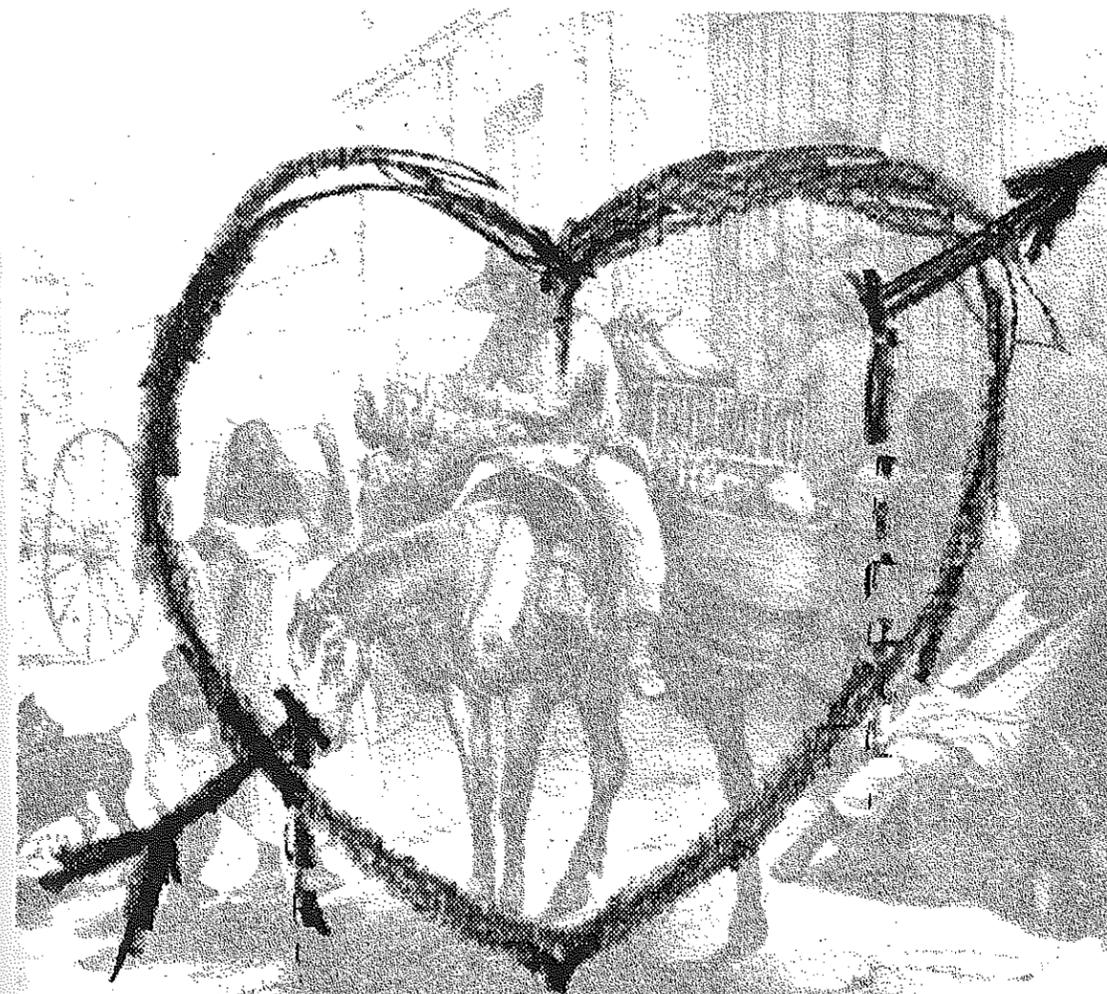
Dicho sea de paso, la mayor dificultad para la dirección de actores, es la distancia mínima que hay entre personaje en situación y personaje distanciado, porque se pasa del universo ficcional a la reflexión en torno a la ficción con leve movimiento. Lo contrario de lo probado por el dramaturgo en **Ni un sí ni un no**, donde es enorme la separación entre actor y personaje.

Los hallazgos se suceden. La escena en que los personajes proponen mudarse de novela, alcanza una densidad de ideas maravillosa. Ya que no se puede cambiar la realidad, entonces a cambiar de realidad. ¿Se trata del viejo tópico de la evasión o hay algo más? Estoy convencido de que en virtud del binomio Villaverde-Estorino,

□ continúa después del libreto

tablas

Libreto
No.33



PARECE BLANCA

(Versión infiel de una novela sobre infidelidades.)

ilustración: O. S. SILVERA

de Abelardo Estorino

La escena

No habrá en el escenario nada decorativo, todo debe ser funcional y útil para el actor. Ningún elemento será fijo, todos transformables para evitar el estatismo de la representación. Habrá velas, muchas, de distintos tamaños; muebles pobres: los de la casa de Chepilla que también serán usados por los Pimienta: comadritas, algunas sillas, taburetes. En otra parte o mezclados, muebles ricos para los Gamboa: una butaca, un gran espejo, una mesa con velón y guardabrisas. Esto permitirá que los actores muevan esos elementos hacia el lugar donde van a representar alguna escena. Todos los objetos están en función de los personajes y aparecen o los utilizan para contar la historia y revelar sus pasiones.

Habrá un gran libro sobre un facistol que los actores consultarán en algún momento y ejemplares de la novela distribuidos por el escenario que leerán cuando se indique.

PERSONAJES

CECILIA. Bella y ambiciosa. Presa de los espejos. Camisa de noche que descubre sus encantos y encima una bata de casa.

CHARO. Su madre. Pelada al rape; usa un ropón de enferma, sin zapatos. Carga un gato al que acaricia tiernamente.

CHEPILLA. Su abuela. Muy religiosa. Viste ropa sencilla y un pañuelo en la cabeza. Después que muere lleva una cruz a cuestas.

LEONARDO. Habla con seguridad, casi siempre con cierta gracia maliciosa. Viste un terno color claro, sombrero de paja muy fina y caña con puño de oro.

CANDIDO. Su padre. Atormentado. Viste de negro con chistera.

ROSA. Su mujer. Adora a Leonardo. La ropa revela su posición social y un temperamento sensual. Le gustan las joyas.

PIMIENTA. Ama a Cecilia. Músico (toca el clarinete), pero se gana la vida como sastre. A veces está en camisa y tirantes. En las fiestas usa casaca.

NEMESIA. Su hermana. Trabaja como costurera. Desenvuelta, pero resentida. Lleva sobre el traje una manta de burato.

ISABEL. Culta y reservada. Rica propietaria de un cafetal. Traje de novia manchado de sangre; velo muy amplio.

TONDA. Obedece órdenes. No habla. Uniforme de un regimiento español; carga un fusil.

En el escenario a oscuras un rayo de luz ilumina débilmente un velo de novia, después el vestido, al fin a Isabel llincheta. Rosa se acerca, le entrega el ramo de novia, y se queda mirándola extasiada. Aparece Cándido: busca a Leonardo, vestido para la boda, y lo trae junto a Isabel. Poco a poco la luz ilumina a los otros personajes: Charo se acerca a Cándido y lo mira; Chepilla se arrodilla y reza; Nemesia se mueve inquieta. Rosa abraza a los novios. Cándido besa a Isabel. Suena la Marcha Nupcial: los novios avanzan, felices, como al final de una película. Rosa les echa arroz. Hay un ambiente de fiesta. Pimienta aparece en escena, corriendo, y se oye el grito de Cecilia: "A él, no. Ni lo toques. A ella, a ella. A él, no, a ella, sólo a ella." Pimienta da un giro, va hacia los novios y tropieza con ellos. Leonardo abraza a Isabel, y resbala sobre su cuerpo hasta el suelo. El vestido de Isabel se mancha de sangre. Gritos. Rosa abraza a su hijo. Isabel se mueve, perdida, mirándose la sangre en el vestido y las manos. Cándido da órdenes a Tondá que detiene a Pimienta, todavía con la tijera en las manos. Cecilia se acerca a Pimienta y lo mira. Rosa mece a Leonardo en sus brazos y susurra una canción. La luz cambia: los personajes se mueven lentamente buscando un lugar donde situarse, solos consigo mismos, alejados unos de otros. Leonardo se pone de pie, busca un sombrero, un bastón y gira sobre sí mismo, lleno de vida; da una vuelta por el escenario y se pierde en la oscuridad.

ROSA. Ya no lo veremos más. No lo tendré en mis brazos ni volveré a peinarlo. El sólo quería un reloj suizo. Nada más.

CECILIA. ¿Y ahora qué hago? ¿Qué hago yo en el mundo?

CHARO. (Acariciando al gato.) Misu, misu.

NEMESIA. Ya no lo tendrá nadie. Ella lo soñaba muerto. Y ahí lo tiene: lejos, como un santo; callado, como un santo; más muerto que un santo.

CHEPILLA. Virgen de Regla, ayúdala. La niña se me convirtió en mujer entre las manos y la huella de su madre se le plantó en la cara.

CANDIDO. Se lo advertí: no la deje salir sola, vigílela, que no ponga un pie en la calle. Y tiene una hija. ¿Qué vamos a hacer con ella?

NEMESIA. Llanto y maldiciones. ¿Para qué? La muerte no admite milagros.

CECILIA. Nadie tiene derecho a juzgarme.

NEMESIA. Le pusiste la tijera en la mano a mi hermano. ¿Quién le quita de arriba cien años de cárcel?

CECILIA. Tu odio también lo llevó a empuñar la tijera.

ISABEL. ¡Qué vergüenza! Discuten sobre los restos de un pobre muchacho ensangrentado.

CECILIA. ¡Mosquita muerta! ¿Pensabas comerte las sobras que yo dejé?

CANDIDO. Mi único hijo varón. Mil veces intenté abrirte los ojos.

ROSA. Siempre lo trataste como a un enemigo. Le negaste todo lo que se le regala a un hijo. Te quedan tus onzas y tus cochinas. ¡Gózalas! ¿Y mi hijo? Alguien tiene que pagar la muerte de mi hijo. (Transición.) Abre el libro.

CANDIDO. ¿Ahora?

ROSA. Sí. Tiene que haber una explicación para tanta pena.

CANDIDO. Simplemente no tiene sentido.

ROSA. Algún lector descubrirá una clave, develará el misterio. Hay que leer la novela otra vez.

CANDIDO. No se cansan. Para ustedes es la gran epopeya nacional.

ROSA. No será el Quijote, ni Villaverde es Cervantes, pero una nueva interpretación puede convertirla en un monumento.

CANDIDO. Sagrado e intocable. Tendremos que leerlo con respeto y se convertirá en el libro más aburrido del mundo: abrumado por las alabanzas, vedado para la crítica.

ROSA. ¿Qué esperas? Quiero saber que hay en el fondo de esta tragedia.

CANDIDO. ¡La maldad de los dioses! O sea, nada.

ROSA. Yo tengo esperanzas. Abrelo y lee.

Cándido abre el libro que está sobre el facistol.

ROSA. No me resigno a perder a mi hijo.

Leonardo aparece y comienza a desvestirse. Rosa lo ayuda y acaricia durante la escena.

LEONARDO. Mamá, yo estoy aquí. Siempre contigo.

ROSA. (Lo abraza enternecida.) Leonardo, mi hijito.

LEONARDO. ¿Y esas lágrimas? ¿Peleando otra vez con papá?

ROSA. (Secándose las lágrimas.) ¿Dónde te metiste anoche?

LEONARDO. ¿Anoche? ¡Qué noche! Estudiaba latín.

ROSA. El horno no está para galleticas. Y tu padre está que arde.

LEONARDO. Sácalo del horno que se te quema.

ROSA. Dice que llegaste cuando sonaban las dos en el campanario de las Carmelitas.

LEONARDO. ¿Y ahora se dedica a contar las campanadas de la iglesia? ¡Que se compre un reloj!

ROSA. ¡Es muy religioso! (*Rosa y Leonardo se rien.*)

LEONARDO. Y más meticoloso: cuenta las onzas que le deben, una a una; y vigila a su hijo, minuto a minuto. Necesita un reloj de primera.

ROSA. No te burles. Se preocupa por tu futuro.

LEONARDO. Yo también. ¿Cómo terminará mi vida?

ROSA. Si te levantas temprano y llega a clases puntual, el año que viene serás abogado.

LEONARDO. Mi reloj se atrasa. No puedo llegar puntual ni a los bautizos ni a los entierros. Ni siquiera seré puntual el día de mi muerte.

ROSA. No hables de la muerte. (*Se lleva la mano a la frente, ha recordado algo.*) Es un lugar muy grande, con piso de madera, y rodeado de columnas que no sostienen nada. Desde arriba me iluminan luces deslumbrantes. Frente a mí hay mucha gente, sentada en bancos. Me miran y eso me complace. Estoy vestida de verde, ¡tu color favorito! Y tengo en el cuello una pieza de plata. ¡No me cae nada mal! Una mujer con el pelo rojo-fuego vocifera contra los dioses. ¡No hay que hacerle ningún caso! Sólo pienso en ti. Te busco. Vas a salir, quieres cruzar las columnas y partir. Al fin te encuentro. Tú eres tú, no me cabe duda, y yo soy yo. Pero tú tienes otro nombre. Te llamo, grito tu nombre, te digo: "¡No cruces, Orestes!" Ya es demasiado tarde. La gente aplaude. (*Transición.*)

LEONARDO. Hablábamos de la puntualidad. Una mera cuestión de relojes.

ROSA. ¿Qué te pasa con los relojes?

LEONARDO. Pasé por la relojería y Dubois me enseñó los que acaba de recibir. ¡Qué maravilla!

ROSA. Y quieres uno.

LEONARDO. Ni pensarlo. Tengo el que me regalaste en mi último cumpleaños. Ya no está de moda, claro. ¿Pero a quién le interesa estar a la moda? Sólo a los nuevos ricos.

ROSA. ¿Entonces no lo quieres?

LEONARDO. ¿Qué cosa?

ROSA. El reloj.

LEONARDO. ¿Qué reloj?

ROSA. El de la relojería de Dubois.

LEONARDO. ¿El suizo?

ROSA. ¿Es suizo?

LEONARDO. De Ginebra. Todo de oro: maquinaria, caja, cuerda, todo. ¡Un prodigio! Por eso me llamó Dubois. Sabe que nosotros no gastamos el dinero en pacotilla.

ROSA. Y costará un ojo de la cara.

LEONARDO. Una miseria: 18 onzas. ¿Qué se compra hoy en día con 18 onzas? Nada. Ni siquiera un negro.

ROSA. Te regalaré uno si estudias como debes tus asignaturas.

LEONARDO. ¿Latín? No, prefiero anatomía, como anoche.

ROSA. (*Todo risa y malicia.*) ¡Descarado!

LEONARDO. ¡Incrédula! Me pasé toda la noche estudiando latín. Dolce vita per sécula seculorum.

ROSA. Tendré que pedirle dinero a tu padre.

LEONARDO. Adiós, adiós, relojito mío. A papá todo le parece mal: si llego tarde soy un tarambana, si me acuesto temprano, estoy borracho, si bailo mucho, un vicioso. ¿Qué quiere, que me convierta en un santo? Para alcanzar la santidad debo pecar primero, ¡mucho! como San Agustín, y después arrepentirme, así conquistaré la gloria y despertaré la lujuria de todas las beatas.

ROSA. ¡Hereje! Cállate, ya.

LEONARDO. ¿Entonces me quedo sin reloj?

ROSA. Hablaré con tu padre.

LEONARDO. Se avecina la tormenta. Vete, Leonardo, a dormir una siesta y líbrate de los truenos. (*Se aleja.*)

Entra Cándido. Vestido como él mismo se describe.

CANDIDO. Y aquí entro yo. Vestido de negro, bien adusto. Eso es lo que se le ocurre al novelista. Y grito y maldigo y hablo de las serranías de Ronda, lugar de España donde nació y la comparo con esta isla y todos piensan que soy el único culpable.

ROSA. Toda la novela demuestra que tú eres el culpable.

CANDIDO. ¿Yo? Sólo yo, porque me visto de negro y no permito que se derroche mi dinero.

ROSA. Nuestro dinero.

CANDIDO. Nuestro dinero.

ROSA. Sí, porque yo aporté tanto y tanto al matrimonio.

CANDIDO. Lo reconozco.

ROSA. No lo parece. Cada vez que te pido algo pones cara de bodeguero gallego.

CANDIDO. No hables mal de los gallegos.

ROSA. Tú no eres gallego.

CANDIDO. Soy español y todo lo que se diga de un peninsular me afecta. Ustedes los criollos siempre buscan un pretexto para endilgarnos un defecto.

ROSA. Por Dios, hoy estás que no se te puede decir ni jé. Algo habrás hecho.

CANDIDO. Y tú, suspicaz como siempre.

ROSA. Porque conozco tu pasado.

CANDIDO. Rosa, ¿tú no olvidas nunca?

ROSA. Soy Rosa, la memoriosa.

CANDIDO. Funesto. Hoy tendré un día funesto.

ROSA. ¿Cómo lo sabes?

CANDIDO. Esta discusión no es más que el prólogo de una petición.

ROSA. Necesito 20 onzas.

CANDIDO. Soy profeta. Aquí las tienes. De nuestro dinero, que tú malgastas.

ROSA. Dilapidas.

CANDIDO. ¿Cómo?

ROSA. Un sinónimo, para enriquecer el vocabulario. Una novela necesita un lenguaje variado.

CANDIDO. No me distraigas con novelitas. ¿Para qué las quieres?

ROSA. Para hacerle un regalo a Leonardo. Me prometió que sacará el latín con sobresaliente.

CANDIDO. Despilfarras tu dinero. Jamás entenderá una misa, ni defenderá a un inocente, ni ocupará un buen destino, ni se casará con una rica heredera.

ROSA. Eres muy duro con él.

CANDIDO. Para compensar tus debilidades. Lo mimas, lo chiqueas y esperas que triunfe en la vida. ¡Bah! No se llega a nada estrenándose ropa cada día, paseando en coche a toda hora y bailando la noche entera. Y otras cosas que no te cuento para que no me acuses de severo, mal padre, inflexible.

ROSA. Te acuso de envidioso. ¿Qué edad tenías cuando nos casamos? Y tú también dilapidabas, malgastabas, derrochabas. ¿En qué? En querindangas. Siempre te gustó la canela, por no decir el carbón. Y ahora te eriges en juez de la Santa Inquisición para castigar las herejías de un muchacho que aprovecha su juventud para divertirse inocentemente.

CANDIDO. Lo vas a perder, Rosa.

ROSA. ¿Qué quieres decir? No me asustes.

CANDIDO. No quiero asustarte. ¿No recuerdas la novela? Leonardo es terco, un loco. Y necesita un freno.

LEONARDO. Necesito un freno. Ni que yo fuera una bestia.

ROSA. Cándido ¿tú no lo quieres?

CANDIDO. Ya presenté la solicitud y pronto me llegará el título de Conde. Quiero un hijo que lo lleve dignamente. Con nuestros amigos en el gobierno y todo lo que hemos acumulado podrá vivir sin preocupaciones. ¡Ojalá! Si sigue como va, lo derrochará, sí, lo derrochará todo. Ya lo veremos. No, no lo veremos porque tú y yo, por ley natural, estaremos muertos. (*Rosa llora.*) Perdóname, Rosa.

ROSA. Si uno supiera lo que va a suceder al final de la vida. Si se pudieran pasar las páginas y ver como termina la novela que Dios ha escrito.

CANDIDO. No es Dios, es Villaverde.

ROSA. Inspirado por Dios. (*Transición.*) Cándido, hay que vengar ese crimen.

CANDIDO. El mulato está preso. Lo cogieron con las tijeras en la mano.

ROSA. Y a ella, Cándido. Sea quien sea. Aunque te duela. Ella es cómplice, me lo han dicho. Una madre que pierde un hijo se convierte en una fiera. Y yo sacaré mis garras y esa mulata de mierda pagará su crimen.

Cecilia aparece en el centro del escenario.

CECILIA. Aquí está la mulata. ¿Qué pasa con la mulata?

LEONARDO. (*Canta.*)

Una mulata me ha muerto
¿No prenden a esa mulata?
No quedará un hombre vivo
si no prenden a quien mata.

CHEPILLA. (*Se acerca.*) ¿Y tú no tienes vergüenza? Espiritada, mariposa sin alas, loca de cepo, oveja sin grey. Llegas a las tantas a tu casa con ese escándalo y haces que los vecinos se asomen a los postigos y me humillen con sus chismes.

CECILIA. Yo grito y alboroto y me río a carcajadas y tú te quejas. ¿Acaso tú no eras así cuando joven? (*Pausa.*) Mamita, ¿yo salí a mi madre?

CHEPILLA. Tu madre no tiene nada que ver en esto. Dios y todos los santos lo saben.

En otra parte del escenario: Charo pasa acariciando al gato.

ROSA. Prendan a esa mulata. Que le den garrote.

CANDIDO. Cálmate, Rosa.

ROSA. No puedo permitir que ande libre trotando las calles con su chancleteo.

LEONARDO. ¡Mamá!

ROSA. Hijo mío, yo haré que los culpables paguen por tu herida.

CECILIA. (*Señalándolos.*) El diablo puso a esa gente en mi camino. ¿Cuántos años tenía yo? ¿Ocho, diez? ¡Qué sé yo! Pero no se me olvidan los pisos de su casa. Brillaban como espejos. Tomaban champola en vasos de cristal, no en jarritos de lata y se miraban en los espejos que llenaban la casa. Nunca había visto tantos espejos, tantos cristales, tantos candelabros de plata, tantos esclavos con bandejas de plata reflejados en los pisos de mármol que brillaban como espejos.

CHEPILLA. No vuelvas a esa casa.

CECILIA. Eso me dijiste.

CHEPILLA. Esa gente no es buena y pueden hacerte un daño.

CECILIA. Las muchachas eran muy preguntonas. Sobre todo la que se llamaba Adela. ¡Pesada! Quería averiguarlo todo: dónde vivía, quién era mi padre, por qué andaba sin zapatos. Yo entonces no sabía que él se llamaba Leonardo. Y allí estaba, ¡mirándome con un descaro!

CHEPILLA. Y tú azotando las calles a toda hora.

CECILIA. También estaba ese hombre, que siempre me regaña.

CANDIDO. (*En otra parte del escenario.*) ¡Bandolera, callejera, perdida! Vuelve a tu casa y pórtate como una mujer.

CECILIA. Y dice que mandará a los soldados que me encierran en la cárcel. Le tengo mucho miedo.

CANDIDO. Ya no eres una chiquilla. Trece años cumplidos. Comportate decentemente.

CECILIA. No los cumplo hasta septiembre.

CANDIDO. ¿En septiembre? Yo juraría que era en mayo.

CECILIA. ¿Y a usted qué le importa? Usted no es mi padre.

CHEPILLA. Ese hombre tiene razón. (*Cándido se aleja.*)

CECILIA. Parece el mismo diablo. Vestido de negro, como el diablo; con la barba negra, como el diablo, y me mira con unos ojos que quieren arrastrarme al infierno.

CHEPILLA. Una niña no debe andar de saltaperico por las plazas hasta las tantas de la noche.

CECILIA. Yo estaba jugando a la lunita con Nene.

CHEPILLA. ¡Buena pieza! Una pardita andrajosa, chancletera y malcriada.

NEMESIA. (*En otro espacio.*) ¡Oigan eso! Como si la nieta fuera una santa.

CECILIA. Su hermano Lalo también jugaba.

CHEPILLA. No tienes que mezclarte con esos negros.

NEMESIA. Esta vieja odia a los negros como si hubiera nacido en Galicia.

CHEPILLA. Tú pareces blanca. Mírate. (*La lleva frente a un espejo.*) Mira esa cara. ¿Ves la piel? Blanca, no como la mía. Y fijate en la nariz, afilada como la de una señorita. Y ese pelo, ese pelo dice que tienes sangre blanca.

CECILIA. La piel y el pelo bueno no me sirven de nada.

CHEPILLA. Cuando seas una mujer y te llegue el momento de buscar marido vendrá un caballero blanco y te pedirá en matrimonio y te llevará a una casa con pisos que brillan como espejos y tendrás coche y vestidos y yo no diré nunca que soy tu abuela y te veré de lejos, siempre de lejos.

NEMESIA. ¿Y tu abuela dónde está?

CECILIA. Yo quiero vivir siempre contigo.

CHEPILLA. Oh, si supieras lo que significa ser blanco en esta tierra. ¿Tú no sabes lo que le pasó a una niña que andaba correteando las plazas como tú?

CHEPILLA. Se llamaba Narcisa. Vivía con su abuela, viejita-viejita, que siempre le decía: Narcisa, no salgas de noche. Pero ella no le hacía caso. Y una noche, sintió, cerca de la Loma del Angel, la música de un violín. Y corrió hacia allá y llegando a la iglesia se encontró a un caballero blanco, con los ojos verdes-verdes y los dientes blancos-blancos. El caballero le agarró la mano y caminaron y caminaron y cruzaron la muralla. Y mientras se alejaban el hombre se fue poniendo negro, como un negro de nación; el pelo rubio se le volvió pasas y los colmillos le crecieron. Ese negro era el diablo. La arrastró hasta el campanario de la iglesia del Angel, un campanario sin cruz, y desde allí la tiró en un pozo que cada vez se hacía más hondo y más hondo y más hondo. Un pozo sin fondo, ¡un abismo!, y nunca pudo salir.

CECILIA. Abuela, yo no quiero que me lleve un negro.

CHEPILLA. A ti no te va a llevar ningún negro. Mis santos te protegen. Te harás una muchacha linda y te casarás con un blanco, blanco y rico, como todos los blancos.

CECILIA. ¿Y voy a pasear en coche?

CHEPILLA. Todos los días.

CECILIA. ¿Y puedo invitar a Nene?

CHEPILLA. No, a los negros no.

CECILIA. Yo salgo en mi coche y cuando Nene me vea le saco la lengua y le digo "cuico, cuico".

Chepilla la abraza y se ríen de lo lindo. Nemesia se adelanta, tiene un libro en las manos y lee en voz alta.

NEMESIA. (*Lee.*) Tenemos que dejar por breve tiempo a estos personajes para ocuparnos de otros que no representan en nuestra verídica

historia un papel menos importante. Nos referimos ahora al célebre tocador de clarinete José Dolores Pimienta. (*Deja el libro.*) ¡Ah! Y su hermana, una servidora.

Pimienta se sienta a la turca y comienza a coser una casaca.

PIMIENTA. Célebre tocador de clarinete, dice el libro, pero me paso la mayor parte del tiempo con la aguja y el dedal cosiendo casacas para señoritos blancos.

NEMESIA. ¿Y esa para quién es?

PIMIENTA. Para alguien que conocemos muy bien: "el niño Leonardo", heredero de los Gamboa.

NEMESIA. Lo dices con odio.

PIMIENTA. Es mi respuesta a su desprecio.

NEMESIA. No es distinto a los demás clientes.

PIMIENTA. Tiene un defecto mayor: enamora a Cecilia.

NEMESIA. Yo diría que Cecilia enamora a Leonardo.

PIMIENTA. No lo creo.

NEMESIA. Le saca fiestas mañana, tarde y noche.

PIMIENTA. Cállate y ayúdame. Tengo que entregar esta casaca a las siete. El "caballero Leonardo" quiere estrenarla esta noche.

NEMESIA. Para exhibirse delante de tu mulata.

PIMIENTA. ¡No me cuquees y ayúdame! (*Pimienta se pone la casaca y Nemesia lo ayuda en la prueba.*) Me queda pintada ¿Lucirá distinta en el cuerpo del otro? Los dos tenemos la misma estatura, mis hombros son tan anchos como los suyos. Y la cinta me dice que mi talle tiene treinta pulgadas. ¡Ah, si Celia me viera esta noche con la casaca de Leonardo!

Cecilia se acerca. Se comporta tímida y dulce.

CECILIA. ¿Quién eres tú? ¿José Dolores? ¡José Dolores, José Dolores! Esta noche pareces otro. Otra mirada, otra sonrisa.

No me mires así. ¡No! (*Se besan.*) Me vas a sacar los colores.

Cecilia se aleja.

PIMIENTA. Nene, ¿cómo se ve la espalda?

NEMESIA. Ni una arruguita. Eres mejor sastre que Uribe.

PIMIENTA. Por eso el maestro confía en mí. Después cobra lo que le da la gana y me paga lo que se le ocurre. El tiene la fama y yo dependo de su trabajo. (*Busca el clarinete.*) Con el clarinete en las manos se acaban las humillaciones y la desolación. Dueño del tiempo. Esta noche tocaré la danza que compuse para Cecilia. ¿Nene, te gustaría que alguien te dedicara una danza?

NEMESIA. Me gustaría que alguien me regalara una manta de seda y me llevara a pasear en volanta por el Prado.

PIMIENTA. (*Bromeando.*) Eres frívola y aprovechada.

NEMESIA. Tengo los pies en la tierra y la cabeza en lo que me falta. No me hablen de música con la barriga vacía. ¿Sabes cómo vivo? De la costura a la cocina, de la cocina a la escoba, de la escoba a la bodega y de la bodega a casa de Uribe. Cuando llega la noche sueño con un marido que me regale una esclava.

PIMIENTA. ¡Renegada! Sueñas que es blanco.

NEMESIA. Sueño que es rico. Si es blanco me regalará dos esclavas.

PIMIENTA. Y te abandonará cuando se canse.

NEMESIA. Pero las dos esclavas trabajarán para mí.

Entra Leonardo: la imagen misma del niño rico y desenvuelto. Fuma un tabaco largo y delgado.

LEONARDO. ¿Está terminada mi casaca?

PIMIENTA. Lista para la prueba.

LEONARDO. ¡La prueba! Eso quiere decir que Uribe no cumplió su palabra.

8

PIMIENTA. El maestro me dijo que la entregaría a las siete y a las siete estará en su casa.

LEONARDO. ¡Ay, Uribe, Uribe! Ese sastrecito hace alardes de eficiencia, como todos en esta Isla, habla y habla, pero lo que dice se lo lleva el viento. ¡Un espejo, un espejo! ¿En esta casa no hay siquiera un triste espejo?

NEMESIA. Aquí. Puede mirarse de cuerpo entero.

LEONARDO. (*Se pavonea frente al espejo.*) Me parece que hay una arruga de este lado.

Pimienta con una gran tijera corta un hilván.

PIMIENTA. Le queda como un guante.

LEONARDO. Bien. A las siete en mi casa. Ni un minuto después. Tengo planes impostergables para esta noche.

PIMIENTA. (*Alejándose.*) Nene, ocúpate de los hilvanes del cuello.

NEMESIA. (*Con coquetería.*) No se preocupe, caballero. Yo misma haré los hilvanes que faltan y se la entregaré al maestro Uribe para que le dé el visto bueno.

LEONARDO. El visto bueno lo doy yo que soy quien la va a usar. (*Se quita la chaqueta y se la tira a Nemesia.*) Ten cuidado, que ya tiene mi olor. (*Safe.*)

Nemesia comienza a coser en la casaca. La acaricia, la pone sobre su cuerpo, la huele.

NEMESIA. Yo también tengo planes para esta noche: la mulata para mi hermano y el blanquito para mí.

Entra Cecilia. Nemesia esconde la chaqueta. Las dos mujeres comienzan a vestirse para el baile.

NEMESIA. Naciste con suerte. Tienes donde escoger: viejo rico o joven enamorado. (*En otro tono.*) Encaprichado, vamos a decir.

CECILIA. Odio a ese viejo. Me tiene sin sombra.

NEMESIA. Pero puede ponerte casa.

CECILIA. Sí, con llave en la puerta y policía en la esquina.

NEMESIA. Siempre se le juega cabeza. Por el traspatio.

CECILIA. Prefiero al joven, encaprichado y todo.

NEMESIA. ¿Y ese qué te va a dar?

CECILIA. Lo que tú sabes.

NEMESIA. ¿Y después, qué?

CECILIA. Su apellido. Y sentirme blanca.

NEMESIA. Castillos de humo.

CECILIA. Blanco no es un color: es que te vean blanca, te saluden blanca, te piensen blanca.

NEMESIA. Sí, lo que Lalo llama dignidad.

CECILIA. (*Se burla.*) ¿Te imaginas? Cecilia Valdés de Gamboa, yo aspiro a esa categoría, sino para qué Dios me dio esta cara y estas nalgas.

Nemesia le dice algo al oído. Se ríen con carcajadas incontrolables. Los personajes se pierden en la sombra y el escenario queda vacío.

Desde el fondo Charo avanza tarareando una música de baile, mientras acaricia su gato. Sobre el ropón de enferma tiene una larga sábana que usa como chal.

CHARO. Misu, misu. Mi gatito chiquitico. ¡Qué orejitas tan lindas! ¿Quién te quiere más? Tu mamá. ¿De quién es el gatito barcino lindo y peludito. De Charito. Misu, Misu. (*De repente lo tira al suelo.*) No quiero ningún gato. Méntalo en un barril lleno de agua y que se ahogue. Mi abuela Madalena metía los gaticos, los negros, los barcinos, ¡y los blancos también!, a todos los gatos en un barril lleno de agua y no decían ni miao. (*Recoge el gato del suelo y lo acaricia.*)

Pimienta aparece con el clarinete, toca unas notas y se oye la orquesta que prepara los instrumentos. Entran Cecilia y Nemesia, vestidas para el baile. Pimienta se acerca a saludar a Cecilia. En el momento del saludo ella ve a Leonardo que camina a su encuentro. Hay un enfrentamiento entre Leonardo y Pimienta. Cecilia olvida a Pimienta y se aleja con Leonardo. Cándido los observa. Los otros personajes se acercan, curiosos.

9

Música. Cecilia baila con Leonardo. Charo le entrega una flor a Cándido: bailan un extraño baile, remedo de lo que hacen Cecilia y Leonardo. Tondá vigila.

ISABEL. (Lee.) La danza cubana se inventó para hacerse la corte los enamorados. Su objeto es la aproximación de los sexos. El caballero lleva a la dama como en vilo. Aquello no es bailar, es mecerse como en sueños, al son de una música voluptuosa; es conversar íntimamente, es acariciarse dos seres que se atraen y que el tiempo y las costumbres han mantenido alejados. El estilo es el hombre; el baile es un pueblo. Y no hay ninguno como la danza que pinte más al vivo el carácter de los cubanos.

Isabel observa como Leonardo y Cecilia bailan. La música gana en ritmo. Tambores negros. El baile alcanza un momento de locura. Charo ataca a Cándido. Los personajes desaparecen en la sombra. Charo recoge su gato y se aleja hacia el fondo. Cecilia y Leonardo pasan abrazados frente a Pimienta que toca una melancólica melodía en el clarinete. Chepilla reza en voz muy alta.

CANDIDO. (Se acerca violento.) Los rezos no van a evitar lo que se avecina.

CHEPILLA. Los santos son mi única esperanza.

CANDIDO. ¿Y sabe lo que pasa? Anoche estaban juntos; bailaban comiéndose con la vista. Usted sabe adonde puede parar esto.

CHEPILLA. No, ni pensarlo. Que no se hundan en ese pozo.

CANDIDO. Prohíbale que salga. Dígale que no puede verlo.

CHEPILLA. Usted no la conoce. Es muy terca.

CANDIDO. Pues tendrá que domarla.

CHEPILLA. No me hace ningún caso.

CANDIDO. Póngale una tranca a la puerta, no la deje asomarse a la ventana. Amárrela a la pata de la cama.

CHEPILLA. ¿Y usted no puede hacer nada con él?

CANDIDO. ¿Qué razones le doy? ¿Qué le digo a un hombre para que no enamore a una mujer? Tiene veinte años y es libre.

CHEPILLA. Ella es libre, se vuelve loca por el baile. La viva imagen de su madre. ¿Usted no se acuerda?

CANDIDO. Ojalá me quedara sin memoria. Tengo las manos en el cepo y no puedo usarlas.

CHEPILLA. Y yo tengo una mordaza que me aprieta la boca.

CANDIDO. Hay que ser de hierro.

CHEPILLA. Me exige lo que usted no hace.

CANDIDO. No me lo eche en cara; vivo en un infierno.

CHEPILLA. ¿Y si les decimos la verdad?

CANDIDO. ¡Cállese! No diga desatinos. ¡Cállese! Apriétese la mordaza y cállese. Sólo manos y autoridad y fuerza, pero ni una palabra, ni una sola letra. *(Se va con la misma violencia que entró.)*

CHEPILLA. Esto los llevará a ellos al desastre y abrirá para mí la tumba.

Charo acaricia al gato y dice "misu, misu", llena de ternura.

CHEPILLA. Hija mía, mírame. ¿No me reconoces? Te llevaremos al campo para que te cures y podrás abrazar a tu hija. Es tu mismo retrato.

CHARO. (Coge un libro, lee.) Charo no habla, no se mueve. Cuesta Dios y ayuda para que Charo abra los ojos. Charo, Charo, abre los ojos. Otras veces le da por gritar. Charo se asusta tanto. Grita como si la estuvieran matando. O le da por llorar. Charo ¿por qué lloras? Pero lo peor de todo... ¿Ustedes no saben qué es lo peor de todo? *(Se ríe a carcajadas.)* No saben nada. Lo peor de todo es cuando Charo se ríe a carcajadas.

Isabel se adelanta con el velo de novia. Se mira en el espejo. Cecilia, Charo y Nemesia se acercan, admiran el vestido, el velo, la rodean. Isabel tira el velo.

ISABEL. No quiero casarme. ¡No! ¡No quiero!

Charo recoge el velo y se lo entrega a Cecilia; ella se lo prueba, se mira en el espejo, juega con él. Las otras mujeres la observan.

CECILIA. Me quiere, lo sé. No sólo porque me lo dijo sino por la forma en que me miraba. Se le humedecieron los ojos. Su voz me acariciaba y su mano en mi cintura ardía. Me quiere, sí, y lograré que se case conmigo. Tengo que conseguirlo. *(Se mira en el espejo, se observa la cara, la piel, las manos.)*

CHEPILLA. (Del otro lado del espejo.) Mírate: la piel blanca, la nariz fina, y el pelo bueno. Pareces blanca.

CECILIA. ¿Por qué no se va a casar conmigo si me quiere? Viviremos juntos en una casa como la suya: con pisos brillantes y cortinas en las ventanas. Yo me vestiré de muselina blanca y encajes. Y tendremos una hija que sacará su piel, las mejillas rosadas y el pelo lacio. Sí, me quiere. ¿Qué me pasa? Me quiere, me quiere, me quiere.

Chepilla le arrebató el velo.

CHEPILLA. Olvida esos sueños. *(Transición.)* Tenías que olvidar esos sueños.

CECILIA. No podía. Desde niña soñaba con otra vida, otro barrio, otra casa, otros amigos, sí, otra vida que nada tenía que ver con esta casa ni estos muebles. Tú, tú misma metiste esas ambiciones en mi cabeza.

CHEPILLA. Pero con otro hombre.

CECILIA. ¿Y ése por qué no?

CHEPILLA. Por tu bien y tu tranquilidad.

CECILIA. Todo es por mi bien: no salgas, no lo veas, no bailes. Tantos "no" me convertirán en una momia, vieja y seca. ¿Por qué no quiere que vaya al baile esta noche?

CHEPILLA. No te conviene.

CECILIA. ¿Se lo dijo él, no? Ahora mismo me visto y arranco para la calle. *(Busca un vestido rojo.)*

CHEPILLA. Suelta ese túnico.

Luchan por el vestido.

CHEPILLA. No vas a ninguna parte. No permitiré que te pierdas por un capricho.

CECILIA. Usted obedece a ese hombre como si fuera su esclava. Usted es libre.

CHEPILLA. Ese hombre se desvela por ti como un padre.

CECILIA. Como un padre.

CHEPILLA. Sí, como un padre.

CECILIA. Hay que oírlo: como un padre. Mamita, no sea ingenua. ¿No es muy raro que sea tan generoso con nosotras, un hombre que no es pariente suyo ni mío?

CHEPILLA. Pues nos ha ayudado siempre. Y en cuanto sabe que tienes un antojo corre a complacerte.

CECILIA. Y es lo que más me asusta. Quiero saber por qué lo hace.

CHEPILLA. De ti no espera otra cosa que gratitud y respeto.

CECILIA. ¡Santo Dios! Un hombre rico, y además blanco, y usted se empeña en hacerme creer que sus regalos no ocultan otras intenciones. ¿Quién puede esperar eso de un extraño?

CHEPILLA. ¿Un extraño?

CECILIA. ¿No es un extraño?

CHEPILLA. Te conoce desde niña.

CECILIA. No tiene mi sangre. Y nadie gasta sus onzas en una mulata si no quiere sacar una buena tajada.

CHEPILLA. Tú, sólo piensas en cosas sucias y no ves nada limpio en lo que hacen los demás.

CECILIA. Porque no vivo entre cuatro paredes y cuando salgo a la calle oigo las indecencias que me dicen los hombres a cada paso. *(Busca un libro y lee.)* ¿A qué aspiraba Cecilia al cultivar relaciones con Leonardo Gamboa? El era un joven blanco que, en caso de contraer matrimonio no sería con una muchacha de la clase baja. Su belleza era lo

único con que contaba para triunfar. Y a la sombra del blanco esperaba Cecilia ascender siempre. (*Deja el libro.*) Ascender, ascender, ascender siempre.

Charo y Chepilla se acercan a Cecilia.

CHARO. Me das la espalda.

CECILIA. Miraba al mar.

CHARO. Si dices mentiraste cortarán lastrenzas.

CHEPILLA. Olvida esa pesadilla.

CHARO. Me desprecia. No quiere mirarme.

CECILIA. Yo quiero ser feliz.

CHEPILLA. La felicidad no es un hombre.

CHARO. Parece blanca y reniega de su madre.

CECILIA. ¿Dónde está mi madre?

CHEPILLA. Salió blanca, blanca como su padre.

CHARO. Y se avergüenza de mí.

CHARO. Tú eres Josefa.

CECILIA. Yo soy Cecilia.

CHEPILLA. Tú eres Rosario.

CHARO. La misma sangre.

CHEPILLA. Madalena, negra, tuvo con un blanco a Chepilla Alarcón, parda; y Chepilla Alarcón tuvo con otro blanco a Charito Alarcón, parda clara; y Charito tuvo con otro hombre blanco a Cecilia Valdés, blanca.

CECILIA. Sólo mujeres.

CHARO. ¿Dónde está ese hombre? No hay marido, no hay padre.

CHEPILLA. Chepilla, parda.

CHARO. Charo, parda clara.

CECILIA. Cecilia, blanca.

LAS TRES. Madalena ¡negra!

Se alejan repitiendo sus nombres.

Pimienta ocupa el centro del escenario, toca el clarinete. Leonardo e Isabel bailan.

LEONARDO. Abandonaste tu paraíso.

ISABEL. Y lo extraño. Extraño mis sembrados, montar a caballo bien temprano, bañarme en el río.

LEONARDO. Te gusta el campo.

ISABEL. El aire puro.

LEONARDO. Yo tengo el impuro amor de las ciudades. Me vuelvo loco por la gritería de una feria, caminar por calles atestadas de gentes, sentarme debajo de un farol con los amigos a vaciar una botella.

ISABEL. ¡Qué mundos tan diferentes!

LEONARDO. Yo te enseñaré a disfrutar el mío.

ISABEL. No lo vas a conseguir.

LEONARDO. ¿No te interesa estar acompañada?

ISABEL. Vivir sola es parte de mi naturaleza.

LEONARDO. Porque no conoces el calor de la mano de un hombre. Yo te lo enseñaré también. (*La toca.*) ¿No lo sientes?

ISABEL. Te estás propasando.

LEONARDO. Tengo derecho.

ISABEL. ¿Quién te lo otorgó?

LEONARDO. Una vez, allá en tu paraíso, me miraste con ternura.

ISABEL. La ternura es también parte de mi naturaleza. No soy un animal salvaje.

LEONARDO. Hasta los animales necesitan amor.

ISABEL. Tengo el amor de mi padre.

LEONARDO. Tú sabes bien lo que quiero decir con el amor que necesitan los animales.

ISABEL. Eso me parece una grosería. Yo necesito un amigo, no un macho.

LEONARDO. Habla usted con cierta grosería.

ISABEL. Para ponerme a tono con la conversación. Se acabó la danza. (*La música cesa.*)

LEONARDO. ¿Bailamos la próxima?

ISABEL. Estoy cansada.

LEONARDO. Bailar te cansa más que montar a caballo.

ISABEL. La falta de costumbre.

LEONARDO. Te acompaño a tu asiento.

ISABEL. Gracias.

La luz ilumina a Rosa y Cándido.

ROSA. Llegas tarde a todas partes.

CANDIDO. Hay cosas más importantes que ver bailar a los jóvenes.

ROSA. Sabe Dios donde estabas.

CANDIDO. Tratando de salvar a unos negros.

ROSA. ¡Qué humanitario! ¿Qué pasa ahora?

CANDIDO. Casi nada. Los ingleses apresaron una goleta repleta de negros y quieren quedarse con ellos, aunque aduzcan otras razones.

ROSA. ¡Hipócritas!

CANDIDO. ¡Hay que salvar a esos negros! Hay que salvarlos de todas maneras. Valen un capital. Mañana hablaré con el Capitán General.

ROSA. No conseguirán nada.

CANDIDO. Le enseñas una bolsa repleta y cuando oiga tintinear las monedas se vuelve complaciente y corre a discutir con los ingleses. Vivimos del contrabando porque el gobierno lo permite. Lo saben todo: nosotros, los repugnantes negreros traemos la mercancía, pero ellos participan del festín cuando el negocio sale bien. (*Pausa.*) ¿Y los muchachos?

ROSA. Allí está Leonardo: baila con Isabel.

CANDIDO. Aprovecha la ocasión y véndele la idea del matrimonio. El mozo necesita sentar

cabeza. Me llegan vagos rumores de que anda en malas compañías y lo que mal anda, mal acaba.

ROSA. ¿Con quién anda?

CANDIDO. Con una mulata.

ROSA. Y te molesta. La quieres para ti.

CANDIDO. Siempre sales con esas tonterías. Es importante que se case. Isabel es una muchacha excelente; pedante, pero excelente. Trabaja como un hombre y su cafetal está, como quien dice, dentro de nuestro cañaveral. Una buena mano y esas tierras se convierten en oro.

ROSA. Y además, Leonardo se olvida de la mulata, para tranquilidad tuya que no quieres competencia.

CANDIDO. Y además, Leonardo se olvida de la mulata, para tranquilidad tuya que no querrás tener por nieto a un negrito.

Nemesia da vueltas alrededor de Cecilia.

NEMESIA. Celia, la noticia que te traigo, el chisme, el dime quien te dirá. Te voy a poner en las manos la verdad monda y lironda como una naranja de china.

CECILIA. ¿Qué estás tramando, Nene?

NEMESIA. Acompáñame y te enteras. Te conviene. Acompáñame.

CECILIA. Ni pensarlo. No estoy vestida.

NEMESIA. Tírate una manta y arranca. Te vas a acordar de mí. ¡Arriba!

En otra parte del escenario.

LEONARDO. (*Lee.*) Detrás de las tapias del convento de Santa Teresa había parado un carruaje. Junto al estribo había un joven dando los últimos adioses a una señorita. Desde lejos reconoció Cecilia al joven: era Leonardo Gamboa.

NEMESIA. Ahí lo tienes: el santo Leonardito te juega sucio con una blanquita. Blanca y rica, como tiene que ser.

Cecilia le da un empujón a Leonardo que pierde el equilibrio y cae al suelo. Se enfrenta a Isabel.

ISABEL. ¡Adela!

Leonardo trata de levantarse; Nemesia se interpone y dificulta que llegue hasta Isabel.

CECILIA. ¿Adela de qué? ¡Putal! ¡Reputal!

Nemesia lanza una carcajada. Cecilia escupe a Leonardo y huye.

CECILIA. ¡Requeteputa!

Leonardo e Isabel se acercan uno al otro. Cada cual lee su texto en un libro hasta el momento que se indique.

LEONARDO. Isabel, dijo Leonardo, me extraña su conducta conmigo.

ISABEL. Califíquela, repuso Isabel sonriendo.

LEONARDO. No me corresponde calificarla. Yo soy el agraviado.

ISABEL. ¡No me diga usted! Pues era lo que faltaba.

LEONARDO. ¿Cómo se compagina si no nuestra amigable despedida de ayer con su indiferencia de hoy?

ISABEL. ¿Sin motivo? Refresque usted la memoria de los hechos.

LEONARDO. Desconozco los hechos.

ISABEL. ¿De veras? *(Isabel y Leonardo dejan de leer.)*

LEONARDO. Supongo que interpretaste mal algo que hice sin darme cuenta.

ISABEL. Nada de interpretaciones. Yo misma lo vi.

LEONARDO. Habla entonces.

ISABEL. ¿Ya se te olvidó lo que pasó en el estribo del quitrín?

LEONARDO. Cogiste el rábano por las hojas.

ISABEL. Estoy esperando una explicación.

LEONARDO. Allá va.

Pimienta se acerca y oye la explicación de Leonardo.

LEONARDO. Cuando me despedía de ti pasaron dos mulatas, una tropezó conmigo y la muy zafia pensó que yo le había puesto una zancadilla; se viró hecha una fiera y me dio un empujón. ¿Qué se puede esperar de una mulata? Tú sabes lo insolentes que son.

ISABEL. Sí, pero ¿por qué me insultó a mí?

LEONARDO. La cogió contigo porque le dijiste Adela.

ISABEL. Le dije Adela porque se me pareció a tu hermana. Era su mismo retrato, su hermana gemela, casi su doble.

ISABEL. ¿Tú la conoces?

LEONARDO. Siempre me llamó la atención su parecido con Adela.

ISABEL. Es asombroso. *(Transición.)* ¿Pero por qué te empujó? ¿Estará celosa?

LEONARDO. ¿Celosa?

ISABEL. A lo mejor está enamorada de ti.

LEONARDO. Nunca le he dicho ni ojos negros tienes.

ISABEL. Las apariencias te condenan.

LEONARDO. Soy incapaz de fingir amor. Si descubres que te digo una mentira, piensa lo peor de mí. Pero soy inocente. Te lo juro. *(Pausa breve.)* Señor juez, espero el veredicto.

ISABEL. ¿Señor Juez?

LEONARDO. ¡Perdón, perdón! Señorita jueza.

ISABEL. Bien, perdonado.

LEONARDO. *(Leyendo.)* ¿Pelillos a la mar?

ISABEL. *(Leyendo.)* Pelillos a la mar.

LEONARDO. *(Trata de besarla.)* ¿No crees que debíamos sellar esta dulce reconciliación con... *(Ella se aleja; él lee.)* Diciendo esto dejaba correr su mano por el barandal para coger la de Isabel. *(El trata de acariciarle el seno.)* Pero ella evitó el peligro y pasó al lado de su tía. El reloj de Leonardo marcaba las once de la noche.

Leonardo tira el libro y mira el reloj.

Cecilia, Isabel, Nemesia y Rosa avanzan hasta el centro del escenario.

NEMESIA. *(Cose un pantalón.)* Siempre parece que habla en broma. A veces, detrás de las jaranas descubro la lujuria. Y me calienta. Sabe mucho. Sabe donde mirar, sabe rozarte el brazo con los dedos y erizarte toda; y después se aleja para exhibirse y que uno lo vea moverse como un potro, con esa fuerza que reflejan los caballos. Hasta resopla como un potro. Mira que lo pincho, le clavo las espuelas para que brinque y se decida a decir algo, algo definitivo. Se ríe y me sale con una de las suyas. Yo quiero usarlo y es él quien me está usando a mí. Me parece. *(Se pincha un dedo con la aguja.)* ¡Mierda!

ROSA. *(Se prueba un vestido verde.)* No se parece a su padre. A su edad Cándido era mujeriego, pero no se movía como él. Uno no sabe si camina o baila. Es algo que sólo tienen los criollos. Las mujeres se vuelven locas y él las engatusa: un día se enreda con una cualquiera y lo perdemos. A Leonardo le encanta como me sienta el verde. ¿Verde nilo o verde jade? Su padre dice que debemos ponerle freno al potro, ya lo sé, pero no tanto que lo rechace. ¿Verde esmeralda? ¡No sé! Cándido le envidia esa gracia irresistible. Mi sangre criolla lo ha convertido en otra raza. Todo lo sacó de mi familia. ¡Todo! La misma risa maliciosa de Papá. Por eso hay que cuidarlo, sí, como a un caballo árabe; y echarlo con una buena yegua para mejorar la raza. ¡Decidido! Me visto de verde como la primavera. ¿Primavera...? Casi otoño. ¡No, primavera!

ISABEL. *(Come una fruta con mucha delicadeza usando cuchillo y tenedor.)* ¿Cómo pude caer en esa trampa? Sus padres repetían constantemente: ¡qué linda pareja! Pero él es una veleta. Un día me arrinconó

detrás de una puerta y quiere besarme y después me entero que persigue a las mulatas en los bailes de cuna. Nuestras fincas colindan y por eso quieren echar el potro con una buena yegua para aumentar la cría y unir los dos potreros. Si mi cafetal es el paraíso, su ingenio es el infierno. Además, me asusta perder mi libertad. Hago todo lo que se me antoja: dirijo los trabajos, me entiendo con los compradores, decido cuando se le echa el toro a una vaca. No quiero casarme. Ni con él ni con nadie. Me da miedo. Un miedo que no sé definir. ¿Cómo caí en esa trampa?

CECILIA. *(Come una fruta con glotonería.)* Tiene la piel de seda y debajo la carne dura, como un potro. Un potro que relincha en cuanto huele una yegua. Besarle es comerse una fruta pintona, ¡deliciosa!, un poco ácida. En los primeros tiempos vivía para mí: me lo encontraba en la esquina de la iglesia o cuando salía con Mamita me seguía silbando las canciones de moda después fingía que tropezaba conmigo se moría de risa. Luego empezaron los regalos. Y las promesas: viviríamos en una casa sin ventanas para que nadie me mirara. Los hijos llevarían su apellido y el mío, unidos por el matrimonio. ¿Casamos? ¿Dónde? Donde va a ser: en la iglesia del Angel. Y allí se casó, pero con otra, como cuenta la novela. Con esa mujer quemada por el sol, con los hombros más fuertes que un carretonero, que habla como si no rompiera un plato. ¡Guajira sabihonda! *(Tira la semilla de la fruta.)*

Leonardo sigue a Nemesia, la alcanza y le cubre los ojos con las manos.

LEONARDO. ¿Eh, dónde es el fuego?

NEMESIA. ¡Ay, qué susto!

LEONARDO. Te me querías escapar, Nemesita. Algo malo habrás dicho de mí.

NEMESIA. Yo no acostumbro a hablar mal de las personas que quiero.

LEONARDO. ¿Y yo estoy en esa lista?

NEMESIA. El primerito. Tú lo sabes.

LEONARDO. Entonces quítame las piedras del camino.

NEMESIA. ¿Piedras yo?

LEONARDO. Miles. Aquí va la primera: el día que me despedía de mi amiga, llevaste a Celia para que me viera. Tú y nadie más que tú. ¿Celosa?

NEMESIA. Pura casualidad. Yo iba a buscar costura a la sastrería y Celia se antojó de acompañarme.

LEONARDO. No te hagas la santica, ni te imagines que en mi corazón hay amor para una sola mujer. Hay para Celia, para mi amiga del campo y todavía queda un pedacito para ti, ¡malagradecida!

NEMESIA. ¡Ja, ja! Yo no comparto corazones ni soy plato de segunda mesa.

LEONARDO. Vamos a hacer un trato: no me hagas la guerra y te pongo un cuarto.

NEMESIA. ¿Dónde?

LEONARDO. En mi corazón.

NEMESIA. Ni soy militar, ni pienso mudarme.

LEONARDO. Celia está brava conmigo por tu culpa. No le echas más leña al fuego. Aquí (se toca el pecho), aquí hay un lugar para Celia y otro para ti. ¡Entra! La puerta está abierta.

NEMESIA. Cuando yo entre ahí tendrá que ser sola, solita, sin nadie que me haga sombra.

LEONARDO. ¿Y si dejo a Celia?

NEMESIA. Déjala y después hablamos.

LEONARDO. ¡Egoísta! Eres más mala que Aponte. (Le golpea las nalgas con el bastón y se aleja.)

Cecilia y Pimienta bailan.

PIMIENTA. Yo siempre pienso en ti. Te imagino corriendo por un campo sembrado de flores amarillas. El campo crece y tú no llegas. Extiendo los brazos más allá de las flores amarillas y del campo y de unas gallinas que picotean las flores. No corro para llegar a ti. No sé por qué. Llevo en las manos el clarinete, toco el clarinete y busco la melodía que repetirá tu nombre. Sólo la música podrá sacarte de ese campo de flores amarillas. Te detienes. Hay un hombre contigo. Un hombre que te entrega flores amarillas que relucen

¡parecen onzas!, y tú haces un ramillete deslumbrante. Digo tu nombre y el clarinete canta una melodía en sol menor, la más dulce que he podido tocar. Tú la oyes. ¿No la oyes? Ustedes están vestidos de blanco y el ramillete es blanco y sus rostros son blancos y el cielo es blanco, tan blanco que parece iluminado por una luz más blanca, una luz que puede hacerte desaparecer. Pienso tu nombre, sólo tu nombre, nada más que tu nombre. Nombra una vez y saldrás de la luz que te amenaza. Sigues en medio del campo rodeada de todas las flores amarillas y con ese hombre. (Grita.) ¡Celia!

Cecilia se acerca y lo abraza.

CECILIA. Nunca me había divertido tanto. ¡Cómo bailabas! Inventas un paso en un dos por tres. Presiento como vas a moverte y te sigo, anticipando el placer de un nuevo movimiento. Descubro el baile en cada paso que imaginas. ¡Qué gusto! Siento la música dentro, la gozo, y me muevo como en un sueño. Bailo contigo y estoy en un mundo fuera del mundo.

Cecilia se separa de Pimienta: La voz de Chepilla que reza se oye muy débil. Corre. Encuentra a Chepilla sentada en su comadrita. Se arrodilla junto a ella. Chepilla la acaricia. Se oye el tic tac de un reloj.

CHEPILLA. ¿Te acuerdas del cuento del diablo? Ese hombre te dejará caer en el pozo sin fondo. ¡Cuidate! Quiero irme tranquila. A ese caballero que se preocupa por ti, obedécelo. Esos amoríos no pueden ser. Hay algo malsano en ese arrebato. Uno vive ocultando cosas. Y todo lo que se oculta llega un momento en que se corrompe y hace daño. No puedo irme sin decírtelo. ¡Dios, dame un minuto más, sólo un minuto! De eso depende para ti la dicha. Y para mi la paz. (Muere.)

Nemesia enciende una vela. Cecilia llora en brazos de Pimienta. Chepilla camina hacia el fondo.

CHEPILLA. Ahora me voy. Te quedas sola. No olvides nada de lo que te he dicho. Adiós, adiós, no me queda tiempo. Siempre nos estamos despidiendo. No oigo el tic tac del reloj. ¿No te das cuenta? Los relojes ya no suenan para mí.

José Dolores y Nemesia se alejan. Cecilia se queda sola entre los muebles de Chepilla.

CECILIA. Está el sillón, pero no te meces; queda la almohada y tu cabeza no reposa; acaricio los vestidos; ya el olor de tus jazmines se evapora. Me miro en tu espejo: es la desolación. ¡Dios, qué desamparo!

El calor invade el escenario. Los personajes buscan pencas, se sueltan la ropa, se tumban en los asientos. Es el mediodía.

NEMESIA. ¡Qué calor!

LEONARDO. Está cayendo fuego.

CANDIDO. Esta isla es un infierno.

CECILIA. El sudor me corre entre las tetas como un río.

ROSA. ¡Una limonada!

ISABEL. ¡Una penca!

PIMIENTA. ¡Un poco de brisa, Dios!

CECILIA. Me ahogo.

LEONARDO. Quitate la ropa.

Tondá se zafa la camisa y se echa agua. Cecilia y Leonardo juegan entre sábanas y almohadas.

CECILIA. Tu padre me persigue.

LEONARDO. Lo he visto. Cuando menos lo espero me topo con él.

CECILIA. Dicen que me quiere como un padre. (Suelta una carcajada.)

LEONARDO. Mi padre no quiere a ninguna mujer como un padre.

CECILIA. ¿Entonces qué quiere tu padre?

LEONARDO. Quitarle la comida al hijo.

CECILIA. ¡Qué mal padre!

LEONARDO. ¡Y qué buen hijo!

CECILIA. A veces me asusta.

LEONARDO. Hace todo lo posible por separarnos: habla con mi madre, no me da dinero.

CECILIA. Chepilla pretende lo mismo. Me rompe los vestidos para impedir que te vea. Se oponen a que te bese así. (Lo besa.) Sospecho que tú y yo vamos a ser los protagonistas de una gran historia de amor.

LEONARDO. Somos los protagonistas de una gran novela. ¿No sería mejor con música?

CECILIA. Sí, con música. ¡Me encanta!

LEONARDO. Una ópera.

CECILIA. Nunca he visto una ópera.

LEONARDO. Cuando nos casemos te llevaré al Teatro Principal y cantarán un dúo de amor que te recordará este momento.

CECILIA. ¿Te vas a casar conmigo?

LEONARDO. (En broma.) Por nada del mundo.

Cecilia lo golpea y pasan a un abrazo apasionado.

LEONARDO. ¿Casamos? ¡Qué sacrilegio! Todo el mundo lo comenta. Somos hermanos, dicen.

CECILIA. ¿Y tú lo crees?

LEONARDO. De mi padre creo cualquier cosa. Adora la canela.

CECILIA. (Le enseña la piel.) Mira, nácar.

LEONARDO. Por fuera. Por dentro tienes fiebre. Sangre negra, y me encanta. (Pausa.) Te pareces a mi hermana Adela. (La mira detenidamente.) Ese hoyito en la barbilla es idéntico. (Se lo besa.) Y ese color de los ojos... ¿Cómo puede haber dos mujeres en el mundo con ese color en los ojos? (se los besa.) Cuando veo caminar a Adela pienso: Cecilia se escapó de su casa y vino a verme. Trato de explicarme qué pasa, descubrir qué se oculta detrás de tu sonrisa, la misma sonrisa de Adela cuando me mira. Y hay algo que se me escapa y me turba. (Cecilia se ríe.) ¡Ríete! Ríete como mi hermana y serás la heredera de todo el caudal de los Gamboa.

CECILIA. Tu guajira me confundió con ella.

LEONARDO. Yo salí a mi madre: saqué sus ojos y su sonrisa. Tú saliste a mi padre, como Adela. Y eres la hermana más linda que tengo.

CECILIA. Tengo miedo. Me erizo.

LEONARDO. Te erizas. De placer. Me encantaría que fuéramos hermanos, así hubiéramos crecido juntos, jugando siempre. Y todo lo que ahora hacemos lo hubiéramos hecho de niños debajo de la cama, jugando.

La besa. En otra parte del escenario Pimienta reflexiona.

PIMIENTA. Lo que uno hace de niño debajo de las camas, detrás de las puertas, te hace descubrir que lo que más deseas siempre está prohibido. Todo: decir una mala palabra, jugar con un vecino, comerse una fruta. Gritas la palabra, huyes con el vecino y te atracas de mangos verdes. ¡Ay!, la libertad de la niñez, la crueldad de los niños y la tortura de ser niño. Y obedecer, obedecer, obedecer. ¡Qué alegría rebelarse contra las órdenes y burlarse de los guardianes! Con esa misma rebeldía desafiamos al mundo.

CECILIA. ¿Te gustaría? ¿Hacerlo debajo de la cama?

LEONARDO. En cualquier parte: arriba de la cama y debajo de la cama; dentro de un escaparate y en una sábana a cielo abierto. Con qué gusto te arrastraría hasta la iglesia del Ángel.

CECILIA. ¿Sin el velo? ¿Sin azahares?

LEONARDO. Para morderte frente al altar.

CECILIA. ¡Hereje!

LEONARDO. Eres un diablito que me arrastra al infierno.

CECILIA. El diablo eres tú y me hundes en un pozo sin fondo. (*Se pierden entre las sábanas.*)

NEMESIA. ¡Qué calor!

LEONARDO. Está cayendo fuego.

CANDIDO. Esta isla es un infierno.

CECILIA. El sudor me corre entre las tetas como un río.

ROSA. ¡Una limonada!

ISABEL. ¡Una penca!

PIMIENTA. ¡Un poco de brisa, Dios!

CECILIA. Me ahogo.

LEONARDO. ¡Encuérate ya!

Leonardo avanza hasta proscenio.

LEONARDO. ¿Estás listo?

CANDIDO. ¡No! Esta escena no es obligatoria.

LEONARDO. Yo quiero hacerla.

LEONARDO. ¿Quién debe morir en esta historia? Yo, sólo yo. Ustedes sufren, se vuelven locos, viven; de otra manera, pero viven. Yo muero. ¿Te imaginas lo que significa esperar la muerte en un libro de 800 páginas?

CANDIDO. Pura retórica.

LEONARDO. ¡Papá! Tú eres un campesino español, inculto, más bruto que un arado. ¿Cómo vas a decir "pura retórica"?

CANDIDO. Esto me pasa por mandarte a estudiar. Honra a tu padre y a tu madre, dice la Biblia. ¿No te lo enseñan en el Seminario?

LEONARDO. Sí, cuando uno siente admiración por su padre. No es mi caso.

CANDIDO. Te he regalado un título de conde. ¿No te basta?

LEONARDO. La nobleza comprada con sangre de los negros es una infamia.

CANDIDO. ¡Ay, ay, ay! Ahora el niño se me ha vuelto abolicionista y terminará siendo republicano.

LEONARDO. ¿Y por qué no?

CANDIDO. Trabaja holgazán, y así no tendrás tiempo de quejarte del mejor de los gobiernos.

LEONARDO. El mejor para ti, que le sacas partido.

CANDIDO. Y para ti, que disfrutas de sus beneficios.

LEONARDO. Yo no los pido.

CANDIDO. No, tú pides libertad, como todos esos lechuguinos con quienes te reúnes. Quieren libertad porque les pesa el yugo, porque no pueden soportar la tiranía del mejor de los reyes. Palos, entre oreja y oreja, como a los mulos y se les quitarán todas esas ideas que les llegan del continente. ¡Criollos! Traidores, es la palabra que los define.

ROSA. Le tiras a los criollos como si mis hijos y yo fuéramos de tu tierra.

CANDIDO. Este hijo me salió así por tu culpa. Criollo, jugador y botarate.

ROSA. ¿Y qué pretendes? ¿Mandarlos a España a comer cebollas y garbanzos?

CANDIDO. Yo sabía que esta escena terminaría en un altercado. Lo sabía y quería evitarlo. Lo último que me faltaba: un hijo que es enemigo de Dios y del rey. Un sedicioso.

LEONARDO. Soy cubano y no me inclino ante ningún rey.

CANDIDO. ¿Lo ves? Le hierva la sangre criolla en las venas.

ROSA. Es nuestro orgullo.

CANDIDO. Te pones de parte suya por otras razones.

ROSA. Razones inconfesables para ti.

CANDIDO. Tú lo sabes; cuando aquí se forme el desbarajuste, como en tierra firme, será capaz de comenzar la degollina por su propio padre.

LEONARDO. Estoy loco porque se forme el desbarajuste.

CANDIDO. Se unen, todos se unen contra mí.

ROSA. ¿Vas a denunciarnos?

CANDIDO. Esto no es una novela política.

LEONARDO. Esto sí es una novela política.

CANDIDO. Yo no lo veo así.

LEONARDO. Porque no te conviene.

CANDIDO. ¿Qué puedo perder?

LEONARDO. Tus privilegios. Cuando llegue el momento usarás tus influencias y mandarás a prender a Cecilia.

CANDIDO. Te sales del tema.

LEONARDO. Te opones a mis relaciones con una obstinación inexplicable. ¿Por qué? ¿Me dejarás morir sin decirme por qué?

CANDIDO. No estoy dispuesto a discutir este asunto contigo.

LEONARDO. Vives ocultando algo terrible. Pero ya saldrá a la luz. El tiempo todo lo ilumina. (*Se aleja.*)

CANDIDO. No decimos lo que pensamos y nos sentimos cobardes. Después será muy tarde. Lo sé. Pero así está escrito y no puedo alterar mi destino. Hay una posibilidad, cambiar de novela. ¿Pero será factible? Sería lindo aparecer en una novela de Balzac.

ROSA. Yo también quiero cambiar de aire. Vámonos, vámonos a Europa. ¿Qué te parece Flaubert?

CANDIDO. Eso es anacrónico. Vivimos en 1830.

ROSA. Las obras de arte son intemporales. Hablan a la eternidad. Yo hasta podría ser Molly Bloom.

CANDIDO. ¡Rosa! Debías avergonzarte. Molly es el personaje de una novela obscena, con escatología y masturbaciones. No puedes. Tú tienes una moral del siglo XIX, de raíces españolas.

ROSA. ¡Ay, Cándido qué poco conoces a las mujeres!

CANDIDO. Además, esa idea es una locura.

ROSA. ¿Por qué? Escapar, escapar de la tragedia que se avecina.

CANDIDO. No puede ser. Un personaje ideado para una novela no puede aparecer en otra. Yo tengo mi carácter, mis conflictos, mis propiedades...

ROSA. Pues Balzac lo hizo. Y Faulkner lo hará.

CANDIDO. Pero es un mismo autor. Y un mismo condado, con un nombre impronunciable,

además. No se puede nacer en La Habana con Villaverde y morir en Moscú, con Tolstoi. Es anacrónico. Y anageográfico.

ROSA. ¿Y cómo tú sabes quien es Tolstoi?

CANDIDO. Yo no sé quien es Tolstoi.

ROSA. ¿No?

CANDIDO. En lo absoluto.

ROSA. Sería la gloria: vivir en otro mundo, sin trópico ni mosquitos. Tolstoi o Gogol, pero con nieve.

CANDIDO. Ah, eso es un sueño irrealizable. Cuánta libertad creadora se necesitaría. Leonardo tiene razón. Soy un campesino español, alimentado con cebollas y garbanzos. ¿Qué otra cosa puedo hacer? Aceptar el destino que escribieron para mí. Que Dios me perdone y condene a Villaverde. (*Grita.*) ¡Tondá! ¡Tondá! (*Tondá aparece.*) Prende a esa mulata. Búscala, dondequiera que esté y enciérala. Ahora todo está en tus manos.

Tondá arrastra a Cecilia hasta el centro del escenario a empujones, allí la encadena. Leonardo encuentra a Nemesia.

LEONARDO. ¿Qué dice mi Mulata santa?

NEMESIA. Ni santa ni tuya.

LEONARDO. Andas con el moño al revés.

NEMESIA. Yo nací con el moño al revés.

LEONARDO. Canta claro. Me da miedo tu furia.

NEMESIA. No lo parece. Haces lo que te da la gana.

LEONARDO. ¿Qué hago?

NEMESIA. Métete la mano en el pecho y averigua.

LEONARDO. La meto hasta el codo y no me dice nada. Al menos contra ti.

NEMESIA. Contra mí, no. Contra Dios.

LEONARDO. Ni que yo hubiera cometido un crimen.

NEMESIA. Caliente, caliente.

LEONARDO. Uno de los dos ha perdido el juicio. Llama a Celia.

NEMESIA. ¡Qué gandinga! Tú mejor que nadie sabe donde está.

LEONARDO. Hace cuatro días que no sé de Celia. ¡Basta ya!

NEMESIA. (*Otro tono.*) Se la llevaron.

LEONARDO. ¿Quién?

NEMESIA. Vinieron y se la llevaron. Presa.

LEONARDO. Aquí hay una intriga. Alguien quiere jodernos.

NEMESIA. Ayer por la tarde entró de repente un agente, preguntó por Celia, la agarró por un brazo y cargó con ella.

LEONARDO. ¡Esbirros de mierda!

Leonardo camina hacia el fondo hecho una fiera. Cándido lo ve, y va hacia Chepilla, sentada junto a una cruz.

CANDIDO. Tuve que hacerlo. Después que usted murió ellos disfrutaban de toda la libertad del mundo y yo vivía aterrado. No tengo con quien desahogarme, por eso estoy aquí. Fui a ver al Alcalde Mayor, pero no podía contarle la verdad. He fingido durante tantos años que la verdad me parece un espejismo. Por eso busqué las palabras más ambiguas. (*Con furia.*) Esa mulata, la Valdés, sonsaca a mi hijo con sus malas mañas y lo aleja de los estudios.

Usted representa la justicia: ¿qué remedio se le puede poner a este escándalo? (*Otro tono.*) El mundo enloquece, me dijo. La ignorancia y la politiquería del gobierno de Vives son las causas de la corrupción. ¿Y cómo saldremos de esta situación? Nadie lo sabe. Pero necesito pruebas ¡Pruebas!, porque el negocio puede

salimos mal si se aparece alguien dispuesto a defender a la mulata. (*Otro tono.*) Es pobre, oscura, desconocida, huérfana, sola en el mundo. ¿Quién podría defenderla? Sí, claro, Leonardo. Leonardo es capaz de traer una desgracia a la familia. Y me salió con que no veía que desgracia podía haber en que Leonardo se echara a Cecilia de querida. ¡Dios! Y no poderle gritar: ¡Torpe! Esa relación es un crimen atroz. (*Otro tono.*) ¿Y usted por qué no le prohíbe a su hijo que vea a la mulata? Me quedé pasmado. Quiero que administre mis bienes y se case con Isabel para preservar la paz y la felicidad de la familia. Al oír estas palabras lo entendió todo. ¿Qué quiere usted que haga con la Valdés? (*Con furia.*) Préndala y enciérrela hasta que Leonardo se reciba de bachiller y se case. Y así lo hizo. Por la paz y la felicidad de la familia, que son cosas sagradas. Gamboa, ya puede vivir sin inquietudes, me dijo. Así que ya usted ve, ahora vivo sin inquietudes. (*Llora.*)

Leonardo se acerca y lo observa; hace un gesto de odio. Va hacia Rosa.

ROSA. ¡Qué cara! ¿Qué te pasa?

LEONARDO. No sé cómo empezar.

ROSA. Por el principio. Es lo mejor.

LEONARDO. No, por el final: mi padre ha mandado a prender a una muchacha. Vivo con ella.

ROSA. ¿Blanca?

LEONARDO. Casi.

ROSA. ¿Quién es?

LEONARDO. Se llama Cecilia. Y me gusta.

ROSA. ¡Ah, sí! Cecilia Valdés, la de la novela. Esa mujer no te conviene.

LEONARDO. ¡Mamá!

ROSA. Te llevará al desastre.

LEONARDO. No puedo evitarlo. Así está escrito.

ROSA. ¡Ay, qué tragedia! Ser un personaje de ficción y no tener ningún poder de decisión. Todo está previsto: qué hacer, cómo vestirse, qué decir.

LEONARDO. No sé qué pensar.

ROSA. ¿Ves? Porque eres un personaje de ficción. No eres real. Si fueras real pensarías. O mejor, si pensaras, serías real.

LEONARDO. Tal vez es mejor saber cómo terminará todo y no la incertidumbre en que viven los lectores.

ROSA. Pero los lectores escogen qué libro leen, con quién se casan, quién los gobierna.

LEONARDO. ¿Sí?

ROSA. ¡Claro! Los lectores son completamente libres. No se pasan toda la vida bajo el gobierno del General Vives. Para ellos la historia sucede, no es estática.

LEONARDO. ¿Y tú como lo sabes? Nunca has vivido en el mundo de los lectores.

ROSA. Pero uno sueña, hijo, uno siempre sueña con llegar a ser real y poco a poco, con los años va entendiendo a los seres que de verdad existen. Si durante mucho tiempo ves como los mismos hechos se repiten, rechazas la repetición y comprendes que la vida es otra cosa, que todo puede cambiar. Eso es ser real. ¡Qué dolor saber que voy a perderte sin remedio! Simplemente porque vivo en una novela.

LEONARDO. Estoy cansado de aguantar las persecuciones de papá. Dice que lo hace pensando en mi futuro. ¿Qué futuro?

ROSA. ¿Y esa muchacha...?

LEONARDO. La aborda en la calle, le pide que me deje, la insulta. ¡Yo no sé que pretende!

ROSA. ¡Viejo chocho! ¿Tú crees que está enamorado de ella?

ROSA. Siempre ha sido así, siempre. Hoy una mulata aquí y mañana una esclava en el ingenio. ¡Y como no soy boba siempre me entero! ¡Pero tratar de quitarle la querida a su propio hijo...! ¡Dios, hasta cuando!

LEONARDO. Mamá, yo necesito sacarla de la cárcel. Está en las Recogidas, entre mujeres malas, ¡entre putas, mamá! Y en este país, todo el mundo lo sabe, cualquier cosa se resuelve con dinero. Si él logró prenderla sobornando, yo la saco de la cárcel sobornando.

ROSA. ¿Cuánto necesitas?

LEONARDO. Depende. Hay que untar varias manos. Y otra cosa: es pobre, oscura, desconocida, huérfana, sola en el mundo y yo debo hacerle frente a la situación y ponerle casa.

ROSA. ¡Linda familia! No sé que me sale más caro si los amoríos del hijo o los papelazos del marido. *(Pausa. Con malicia.)* ¿Te gusta mucho?

LEONARDO. Me vuelve loco en la cama.

ROSA. No me vayas a contar lo que hacen.

LEONARDO. Te lo voy a contar todo. Todito. Con pelos y señales.

ROSA. *(Sin poder aguantar la risa.)* Ni te atrevas.

LEONARDO. Todo: lo que yo le hago, como grita y se queda sin resuello. Grita como si la mataran.

ROSA. *(Sin aliento.)* Cállate, cállate.

LEONARDO. La imaginación que tiene.

ROSA. Y tú no te quedas atrás.

LEONARDO. Me tiene todo marcado. *(Le enseña el cuello.)*

ROSA. ¡Jesús! Te vas a achicharrar en el infierno.

LEONARDO. Soy un santo. Sano, santo y sabroso.

ROSA. No me cuentes nada más. ¡Ya! ¿Cuándo necesitas el dinero?

LEONARDO. Cuanto antes.

Rosa se aleja. Leonardo le habla a Cecilia que sigue junto a Tondá.

LEONARDO. Lo hice todo por ti. Te quería para mí, sólo para mí, aturdido, borracho, loco. Tu cuerpo me arrebató y verte desnuda me hacía delirar. ¡Qué arrebató! ¡Tú lo sabes! Te puse casa, te llené de regalos, te visité día a día y no te engaqué con nadie. Pero yo no mando en mi corazón.

CECILIA. No, las onzas te curaron el arrebató.

LEONARDO. ¡No! *(va a decir algo.)* Tu destino es no entender.

Rosa le entrega una bolsa con dinero. Mira a Cecilia. Le toca la barbilla.

ROSA. ¡Linda caray! *(A Leonardo.)* Si no te alcanza, vuelve. Esta es mi guerra. Tú y yo tenemos que vencer a tu padre.

LEONARDO. Será una derrota total: acabaremos con su infantería, su armada y todos sus regimientos.

ROSA. Se quedará sin un solo soldado.

LEONARDO. Y sin un solo cañón.

ROSA. El cañón no le funciona.

LEONARDO. Ya no tiene ni pólvora.

ROSA. No volverá a levantar cabeza.

LEONARDO. Un general vencido.

ROSA. Aplastado.

LEONARDO. Aniquilado.

Rosa y Leonardo se abrazan, bailan, y ríen a carcajadas. Leonardo le da un beso y se aleja hacia donde está Cecilia; le entrega unas onzas a Tondá que la libera. Se la lleva hacia

otra zona, y la colma de regalos. Se besan. Leonardo se desviste. Ella le echa fresco con una penca. Rien, rien, rien. La luz ilumina a Nemesia en otra parte del escenario.

NEMESIA. Tú lo tienes todo. Y te quejas. Nadie está satisfecho con lo que Dios le da. Salimos juntas y no hay hombre que se fije en mí, tú los vuelves locos: vamos a una fiesta y al momento tienes diez proposiciones para bailar; te tiras encima un trapo y parece un túnico de París. Y te quejas. Leonardo te ha puesto casa. ¡Y qué muebles! cama de caoba, cómoda de seis gavetas, espejo hasta el suelo. ¡Un lujo! Me lo has robado todo. ¡La belleza y la gracia y el hombre que me gusta ¡ladrona! Y hasta el cariño de mi hermano que se va a desgraciar por quererte. Cuando éramos niñas y chancleteábamos por las plazas, te gustaban las groserías que te gritaban los varones y dejabas que te manosearan por unos panales. Nunca has dado un golpe: el viejo Gamboa te ha mantenido siempre: a tu abuela y a ti; mientras yo me acabo los ojos cosiendo. Pero la niña se antoja de una manta nueva... ¡Caprichos de una mulatica que parece blanca! Sí, parece, parece nada más. Porque tu bisabuela, que en paz descansa, era prieta, prieta como un carbón. Vuelve a quejarte y te doy un soplamocos que ruedas por el suelo como una pelota. ¡Desconsiderada, inconforme! ¿Qué más quieres? Escribieron una novela con tu nombre y un siglo después abren el libro y los hombres sueñan contigo como si alguna vez hubieras existido. ¡Y no existes, chica, tú no existes! Y nunca se fijan en mí. *(Grita.)* Nemesia, la hermana de Pimienta se llama Nemesia. No lo olviden. Yo también soy un personaje en la novela y me enamoro, y trabajo y quiero a mi hermano y tengo derecho a que los lectores me recuerden. Pero estoy a tu lado caminando por el callejón de San Juan de Dios, gris como tu sombra, ausente como una muerta. Nada más. Sólo tu sombra, casi imperceptible. Nada más.

Mientras Pimienta lee el texto siguiente Cecilia se acerca a Leonardo con una niña en brazos. Pimienta observa.

PIMIENTA. *(Lee.)* Volaba el tiempo. A fines de agosto Cecilia tuvo una niña que a Leonardo sólo le hizo sentir la responsabilidad que se había echado encima. Aquella no era su esposa, mucho menos su igual.

CECILIA. Llegas tarde.

LEONARDO. Pero me voy temprano.

CECILIA. ¿A qué vienes entonces?

LEONARDO. A traerte la cosa más linda que he encontrado en la calle de los Oficios. *(Le entrega un regalo.)*

CECILIA. Quieres pagar por tu ausencia. Cada vez que no vienes me mandas un regalo. Yo no soy una puta.

LEONARDO. Me gusta complacerte.

CECILIA. Entonces llévame a una fiesta y nos pasamos la noche bailando.

LEONARDO. Mi padre, loco con su título de conde, invitó a comer a un funcionario de la corte y quiere que yo esté en casa para agasajarlo.

CECILIA. ¿Y desde cuándo tú complaces a tu padre?

LEONARDO. Desde que soy heredero de un título.

CECILIA. Entonces me iré sola.

LEONARDO. Te vas a aburrir.

CECILIA. Me pasaré la noche bailando con Lalo Pimienta.

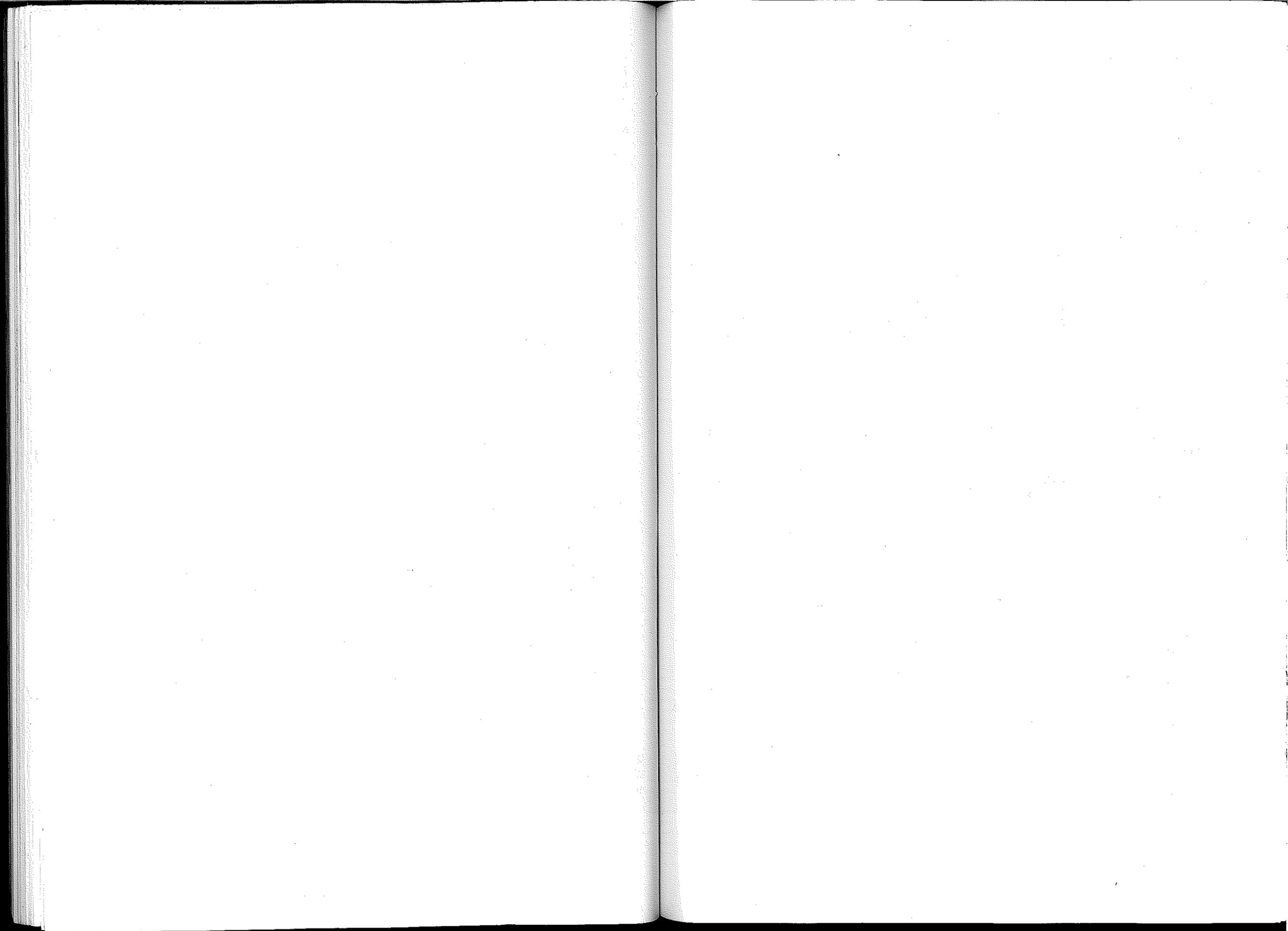
LEONARDO. Ese sastrecito no baila bien.

CECILIA. ¡Ja, ja! Baila como un trompo.

LEONARDO. No lo parece.

CECILIA. Es músico.

LEONARDO. Un músico que me prueba las casacas.



Rosa reza el Padre Nuestro en voz muy alta.

CANDIDO. Cometemos un error y otro y otro y al final todos se convierten en un crimen contra Dios, la naturaleza ¡no sé!, contra las mismas ideas que defendemos. Y nos hundimos en el fango.

ROSA. Dios, Dios, Dios...

CANDIDO. Dios no nos perdonará. Yo mismo no puedo perdonarme. He convertido a mi hijo en un personaje de tragedia que se refocila en la cama con alguien de su propia sangre. ¿Qué me pasa? Algo está podrido.

ROSA. ¿En Dinamarca?

CANDIDO. Olvídate del teatro. Aquí, en esta casa, en esta ciudad. Tal vez es el trópico. Tanto calor corrompe las mejores frutas.

ROSA. No busques excusas. Toda la culpa es tuya.

CANDIDO. ¿Sólo mía? ¿Y tuya no? Muchos lo sabían y se callaron. Rosa, ayúdame. Sácalo de la cama de su hermana. Tú puedes. Yo, ya lo ves, he fracasado.

Leonardo ha permanecido de espaldas con las manos en los oídos. Se vuelve y encuentra a Pimienta.

LEONARDO. ¿Y esa prisa? ¿Quieres matarme ya?

PIMIENTA. No. Primero debo ver a Celia y que ella me lo pida.

LEONARDO. Ella no te lo va a pedir.

PIMIENTA. Pero me hablará de ti con tanto rencor como si me lo pidiera.

LEONARDO. Es tu odio el que le da esa interpretación.

PIMIENTA. Tú no entiendes mi odio.

LEONARDO. Todos los odios son iguales: irracionales, primitivos, crueles.

PIMIENTA. Mi odio es frío, deliberado, irrevocable. Te odio con una lógica irrefutable.

LEONARDO. (Se ríe.) Hablas como un francés educado por Descartes. ¡Increíble!

PIMIENTA. Esta escena no ocurrió nunca entre nosotros y hablo con absoluta libertad. Es el lenguaje de mi creador.

LEONARDO. ¡Vaya caray! Que leído y escrito me salió el negrito.

Pimienta va a atacarlo Nemesia se interpone.

NEMESIA. No, aquí no, Lalo. Cumple con lo que está escrito.

LEONARDO. No hables de odio. Habla de celos. Me clavaste la tijera porque te quité la hembra.

PIMIENTA. No. Te clavé la tijera porque no tenía un cuchillo. Tú la engañabas. Y yo necesitaba un puñal, una daga, un estilete para acabar contigo.

LEONARDO. Y acaso los negros no engañan también a sus mujeres?

PIMIENTA. ¡Cretino! Estaba loca por ti, te amaba.

LEONARDO. Me amaba. ¡Qué sentimental! Ella quería ser blanca, pasear en coche, llevar mi apellido.

PIMIENTA. Eso fue antes. Después cambió. Yo veía como te miraba y me daba cuenta. Sabía que aquello no terminaría bien, yo lo sabía, y no podía decirle nada. No estaba escrito, pero yo esperaba.

LEONARDO. Esperabas que yo diera un paso en falso.

PIMIENTA. Esperaba que ella entendiera. Tú no la merecías.

LEONARDO. ¡Iluso! Cuando cumplas tu destino y me claves la tijera te ganarás su odio.

PIMIENTA. Eso lo veremos.

LEONARDO. No hay más que hablar. A los hechos. (Se aleja.)

NEMESIA. Se burla de nosotros. ¿No lo ves? Somos sus payasos vestidos de colorines y se divierte con las muecas que hacemos. Ya me cansé. Lávate el maquillaje, quítate la nariz postiza y enséñale la cara que no conoce. Va a pasar el susto más grande de su vida.

PIMIENTA. ¡Vamos! Al capítulo siete. Y que sea lo que el autor quiera.

Cecilia coloca la casaca de Leonardo en una percha de pie, gira alrededor, y la golpea ritualmente con unas yerbas. Fuma un tabaco. Pimienta la observa; después se acerca.

PIMIENTA. Celia, los santos dicen que tú me necesitas.

CECILIA. Los santos me oyeron.

PIMIENTA. ¿Qué puedo hacer por ti?

CECILIA. Devuélveme la tranquilidad.

PIMIENTA. ¿Quién te la quita?

CECILIA. El. (Pausa breve.) Me engaña, me humilla, me desprecia, se burla de mí, me pisotea. Coño. Me siento sucia, estrujada, rota; rota, un vestido viejo y usado, descolorido y roto. ¡Me ahogo! Es el rencor. Dame un clavo y le atravieso la garganta para que nunca vuelva a decirme otra mentira.

PIMIENTA. Yo tengo una tijera. (La muestra. Cecilia se la arrebató.)

CECILIA. Ya no se burlará de mí. (La clava en la casaca.)

PIMIENTA. Tú no. Tú no hagas nada.

CECILIA. Ese matrimonio no puede celebrarse.

PIMIENTA. No habrá matrimonio. Dame la tijera.

CECILIA. (Le devuelve la tijera ritualmente.) Confío en ti. Tú eres mi mano.

PIMIENTA. Yo soy tu mano.

CECILIA. Que así sea.

Pimienta sale.

CECILIA. A él no. A ella, a ella. (Corre para alcanzarlo. Pimienta ha desaparecido.)

Cecilia se queda pensativa. Rosa se acerca y habla con un odio que no puede contener.

ROSA. ¡Vete! ¡Quítate de mi vista! Te veo y me dan ganas de marcarte la espalda a latigazos como una esclava de mi ingenio. ¡Vete!

Cecilia se aleja. Rosa busca a Leonardo.

ROSA. Tu padre habló conmigo. Ya es hora de que sientes cabeza. Y ahí está Isabel esperando que le digas jí. Es elegante, instruida, y además es dueña de un cafetal.

LEONARDO. Y posee la virtud del erizo: si te me acercas te pincho.

ROSA. Ya tú sabrás limarle las púas.

LEONARDO. Si tú supieras... Es una mujer que no entiendo, rara, muy rara.

ROSA. Dos buenos pellizcos y se le quitan todas las rarezas.

LEONARDO. Lo que me preocupa con ese matrimonio...

ROSA. No hay ningún inconveniente con el matrimonio. (Aclara.) No estarás pensando en la mulata.

LEONARDO. ¡Esa! Ya ni me acuerdo como se llama. ¡Qué extraño! Hubo un momento en que pensé que no podría vivir sin ella.

ROSA. ¡Qué extraño! Uno recuerda lo que sintió alguna vez por alguien y le parece que ese sentimiento no existió nunca. (Pausa.) ¡Basta ya! Que corran las amonestaciones y a casarse. Haremos una gran fiesta. (Rosa toma el velo, comienza a ponérselo a Isabel y sigue hablando con ella.) Invitaremos a toda La Habana, al menos a los happy few, como dice un novelista francés.

ISABEL. Tengo miedo.

Miembro Fundador del ESPACIO EDITORIAL DE LA COMUNIDAD IBEROAMERICANA DE TEATRO



revista de artes escénicas No.1-2/1994

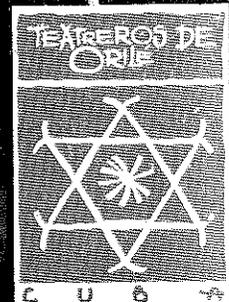
ACTUACION TRASCENDENTE ritualidad y teatralidad



7^{mo.} FESTIVAL



DE MONOLOGOS
Y UNIPERSONALES



PARECE BLANCA
Abelardo Estorino
libreto No.33

TEATRO de la COMUNIDAD